

HERNAN F. PORRAS

***PAPEL HISTORICO
DE LOS GRUPOS HUMANOS
DE PANAMA***



PAPEL HISTORICO
DE LOS
GRUPOS
HUMANOS DE PANAMA

Por: HERNAN F. PORRAS



HERNAN F. PORRAS

(1922-1971)

*Licenciado en Derecho; Licenciado en Economía; Pasante para la Maestría en Antropología. Catedrático universitario y Banquero; Periodista, fue Director de El Diario el Mundo en Panamá (1966-1967); Asesor del Presidente de la República (1966-1967); Embajador de Panamá en Costa Rica; Director General de Planificación (1967-1968); Asesor del Director General del Instituto de Planificación Económica y Social de Latinoamérica; Sub-Director de la Unesco; Encargado de la División del Patrimonio Cultural; Asesor de Política Exterior del Ministerio de Relaciones Exteriores y Ministro de Comercio e Industrias. Entre sus múltiples ensayos se destacan **Papel Histórico de los Grupos Humanos en Panamá** y **Ensayo sobre las dos Primeras Eras Liberales de la República**, cuya unidad monográfica nos ha sugerido su edición de manera conjunta.*

PAPEL HISTORICO DE LOS GRUPOS HUMANOS EN PANAMA

Esta monografía vió la luz primera en 1953, con motivo de la conmemoración del cincuentenario de la república, como parte de un conjunto de ensayos de la obra Panamá, Cincuenta Años de República.

Los Grupos Humanos es una tesis sobre el desarrollo de la nacionalidad panameña desde sus orígenes, y sus planteamientos han sido objeto de un debate incesante por parte de catedráticos y estudiantes universitarios, lo que provocó sucesivas reimpressiones mimeografiadas de la obra, tendientes a satisfacer la demanda.

El tema estimuló a otros estudiosos del acontecer nacional, a reexaminar el rol que habían jugado los grupos humanos en la evolución de nuestra nacionalidad, pero observado ya desde muy distintos ángulos.

En Abril de 1967 los Grupos Humanos se publicaron en la Revista Lotería y en el 1973 se realizó una reedición formal de este trabajo, por encomienda del canciller de la república, Lic. Juan Antonio Tack.

La presente reedición, incluye además el Ensayo sobre las dos primeras eras liberales de la república, del mismo autor, pues al examinar este último, observamos que es un trabajo de complemento del pensamiento de Hernán Francisco Porras, en torno al mismo tema.

El primer ensayo pertenece al año de 1953, cuando Panamá replantea la revisión de sus relaciones contractuales con los Estados Unidos de América, y el segundo, es coincidente con los trágicos sucesos de Enero de 1964, que evidencian la necesidad de redefinir nuestro concepto de la nacionalidad, supeditada a las exigencias del Tratado Hay-Bunau Varilla, desde la fecha misma en que nuestra nación ha decidido convertirse en Estado Soberano.

MARITZA GUIZADO PAREDES

INTRODUCCION

EL TEMA.

El presente artículo es un esfuerzo por visualizar la historia de la nacionalidad Panameña desde la colonización hasta los fines del siglo XIX con miras a descubrir puntos de referencia que permitan comprenderla.

Una nación consta fundamentalmente de una población más o menos unificada, y de una área geográfica que le sirve de habitación. El autor estima que en el factor geográfico se ha aclarado con bastante acierto la existencia de Zonas geográficas dentro de la República, aunque no con la precisión que el tema requiere; y que, en cuanto a lo que podríamos llamar geografía externa, nuestros investigadores han comprobado la posición estratégica del Istmo y la existencia de poderosas influencias foráneas, que por razón de esa misma posición, se han vertido sobre el cuerpo social.

Con estos elementos de base no se ha podido explicar de manera integrada a juicio del que escribe, la dinámica de la parte humana de la Nación. Esto obedece a defectos de enfoque teórico.

Nuestros comentaristas han tratado de explicarnos esta dinámica a base de personalidades, de clases sociales en pugna o de ideologías políticas en competencia.

Las explicaciones a base de personalidades ligadas a hechos históricos, resultan una mera antología anecdótica que no permite ninguna generalización.

La explicación a base de clases sociales resulta ineficaz por el hecho de que importantes sectores de la población del Istmo no han estado integrados económicamente entre sí durante largos períodos de tiempo y porque, además, su actuación histórica ha obedecido a menudo a reacciones psicológicas y de otra índole, sin parar mientes en las consideraciones de tipo económico.

La explicación a base de banderías políticas es aún más ineficaz, porque las ideologías sufren en nuestro ambiente modificaciones que desnaturalizan su significado original y crean un caos de nomenclaturas inconexas.

RECONOCIMIENTOS.

Para este escrito se han utilizado diversos conceptos teóricos: (a) Teorías de Transculturación y Areas Culturales de la Antropología general, principalmente norteamericana; (b) Antropogeografía y teoría del "Kith" del Ellsworth Huntington, para los que hemos llamado "grupos humanos"; (c) Teoría general de la Historia de Arnold Toynbee; y finalmente, (d) Algo de Marx, Pareto y Freud para las situaciones más circunscritas.

DEFINICIONES.

Los conceptos aquí utilizados son en su mayor parte de uso común. Sólo dos necesitan una aclaración previa, el de grupos humanos y el de trauma.

Por grupos humanos se entiende aquí a un conjunto de familias que, por razones de color, de costumbres, economía o historia, se solidarizan entre sí y juegan un papel histórico distinto a otros, en las combinaciones del poder y la cultura. A veces se hallan integrados verticalmente, en cuyo caso se asemejan a castas y a clases sociales, pero en otras ocasiones, se encuentran localizados horizontalmente, desconectados, o relacionados en un plan de independencia los unos de los otros.

El concepto de trauma se toma prestado de la psicología. El trauma, tal como se usa aquí, consiste en un impacto proveniente del exterior, que penetra con gran fuerza en el cuerpo social de la nacionalidad provocando desajustes en el equilibrio pre-existente y estimulando la elaboración de un nuevo equilibrio interior, con gran desgaste de energías, que permita la supervivencia de la Nación. La restauración del equilibrio es a menudo incompleta. La Nación queda desfigurada o amputada cuando su capacidad de resistencia es demasiado débil en relación con la fuerza del impacto recibido. Pero su voluntad de SER se sigue manifestando en un forcejeo constante de rebelión flexible contra el determinismo impuesto.

PREMISAS FUNDAMENTALES.

El "habitat" de la Nación panameña se compone de diferentes zonas geográficas. Sobre este molde se vierten en distintas épocas, masas humanas de antecedentes culturales variados. De la interacción de hombres, geografía, cultura e historia, se condensan los llamados grupos humanos con sus respectivas zonas de habitación. A veces varios grupos en una misma zona, a veces un solo en su provincia.

Sobre este cuerpo social heterogéneo y a menudo no integrado, descienden los traumas con sus consiguientes efectos de crisis y conmoción. La comunidad panameña se ve afectada por estas en sus

bases geográfica y humana. En la primera, el efecto puede ser el del encogimiento de la periferia nacional hacia un área más restringida y defendible; también ocurre el fenómeno del cambio de asiento del centro de gravedad geográfica de una zona a otra o el de favorecer el crecimiento desmedido de una a expensas de otras.

Los efectos del trauma sobre la base humana de la nacionalidad son análogos. Hay desplazamiento de un grupo por otros. Desaparición de algunos, y crecimiento desmedido de otros.

De acuerdo con las premisas planteadas, se proseguirá a examinar cada una de ellas. Se hablará primero de las zonas geográficas, luego de los grupos humanos iniciales, de los traumas, de los efectos de estos sobre el área geográfica nacional, de sus efectos sobre los grupos humanos y finalmente, se llegarán a ciertas conclusiones que constituyen una hipótesis operante sobre lo que se ha llamado "Teoría de la Patria".

I

ZONAS GEOGRAFICAS

El escenario sobre el que se vierten los pueblos del Istmo está dividido en varias zonas delimitadas por factores de geografía-clima, de geografía-morfología y de geografía-situación. Estos factores coinciden a veces en una misma Zona, a veces las subdividen y en otras ocasiones, se superimponen.

GEOGRAFIA-CLIMA.

Con la resultante vegetación, ha producido en Panamá tres Zonas fundamentales: La Selva Tropical, la Sabana y las Tierras Altas.

La Selva Tropical abarca el Darién, el borde Oeste y Norte de la Provincia de Panamá y toda la vertiente Atlántica de la República, más algunos islotes que para los propósitos de este ensayo podemos ignorar.

La Sabana Tropical envuelve la vertiente del Pacífico de la República, desde el centro de la Provincia de Panamá hasta la costa de Chiriquí, incluyendo el centrooriente de la Península de Azuero.

Las Tierras Altas las forman fundamentalmente las áreas de la cordillera que se ensanchan algo a la altura de Coclé y más en Chiriquí y Bocas del Toro. Esta zona lo es también de la geografía-morfología.

LA GEOGRAFIA-MORFOLOGIA.

La geografía morfología ha producido cuatro divisiones de importancia. Estas son:

Las tierras Altas que se acaban de describir, que se caracterizan por una topografía quebrada que dificulta las comunicaciones favoreciendo el aislamiento vegetativo de la población durante largos periodos de nuestra historia.

La segunda división geográfica a base de la morfología la constituye el área de San Blas. Aquí tenemos tres fenómenos geográficos geoméricamente paralelos. Una costa larga, estrecha y accesible a la navegación rudimentaria, separada del resto del continente por una cordillera boscosa que sigue a la costa en toda su extensión. Del otro lado, hacia el norte, un archipiélago de numerosas islas a flor de mar, que corre paralelamente también con la costa. Entre costa y archipiélago, un mar interior apacible, separado de los puertos nacionales por el océano Atlántico, que veda en gran parte la navegación rudimentaria de la civilización Kuna que habita el área. Esta región es una subdivisión de la zona climática de Selva Tropical.

La tercera división geográfica es la de la Pampa coclesana. Esta área pertenece a la Sabana Tropical, pero su topografía es de llanura sin fin. Su margen norte la forma una cordillera central, seca, estéril y angosta en su vertiente Pacífica, y húmeda y boscosa en la Atlántica. En esta sección, la cordillera no ofrece regiones de habitación convenientes con excepción de tres tímidos ensayos de altiplanos y hoyas tropicales: El Valle de Antón, La Laguna y Sorá. Por el sur, la Pampa bordea con anchas playas casi rectas, manglares y pantanos de la costa del océano Pacífico. De la cordillera a la costa, la extensión es grande. Largos ríos espaciados el uno del otro, sometidos a la fuerte evaporación de un sol inmisericorde la surcan de vez en cuando. El color de la tierra es a menudo el de la tiza demostrando estar grandemente lavada.

A estas divisiones le sigue la región de Sabana Tropical de la península de Azuero, principalmente la Provincia de Los Santos y parte de Herrera. El área que llamaremos en este trabajo Azuero la forma una región irregular cuyos vértices son Ocú, Pesé, Chitré, Mensabé, Punta Mala, Tonosí y nuevamente Ocú. Aunque el clima es generalmente de Sabana Tropical, su topografía es ondulante. Abundan las colinas y hay hasta un hermoso y fresco valle central, Vallerico. La cordillera es aquí más accesible y abierta. No termina abruptamente al borde de la Pampa como en Coclé, sino que se confunde con la llanura costera ondulándola casi hasta el mar. Como conse-

cuencia de esto hay quebradas y ríos numerosos pero cortos. Hay más bosques bajos y parajes que en Coclé, con sus consiguientes caseríos. La tierra está menos lavada que en la Pampa y su color es casi siempre de un rico chocolate.

GEOGRAFIA-SITUACION.

El factor geográfico desde el punto de vista de la situación de las áreas del país y sus consiguientes relaciones entre sí y con el exterior, ha delineado tres zonas principales: la Zona del Tránsito, el Interior de la República, y la Zona Marginal.

La Zona de Tránsito abarca al Istmo en su parte más estrecha, e incluye, en su vertiente pacífica, parte de la Zona de Sabanas, y en su vertiente atlántica, una faja de la Selva Tropical.

La Zona del Interior de la República coincide en su parte central con la zona climática de la Sabana al oeste de la de Tránsito, pero incluye, en fechas recientes, parte de las Tierras Altas de Chiriquí.

La Zona Marginal está formada por las áreas de Selva Tropical y de montaña o Tierras Altas que, a través de nuestra historia no han sido integrado eficazmente con la vida política y económica del resto de la República de una manera constante, comparable con la integración de las otras zonas entre sí. Estas son el Darién, el oriente de la Provincia de Panamá, la costa atlántica, Provincia de Colón en su sección occidental y Bocas del Toro, junto con la vertiente occidental de la Península de Azuero.

II

LOS GRUPOS HUMANOS

Sobre este molde geográfico se vertieron, en diferentes épocas distintos estrados humanos. Nuestra historia los ha clasificado con el sustantivo de razas, palabra asaz imprecisa en antropología, pero descriptiva de una situación histórico-sociológica más que de Biología. Estas razas fueron tres: el aborígen, el blanco y el africano.

EL ABORIGEN.

Ante la invasión y colonización española, el indio fue conquistado, eliminado o marginado.

Los conquistados de manera efectiva y permanente fueron, casi sin excepción, los que habitaban las zonas geográficas donde los españoles plantaron su cultura en el Istmo, principalmente, la de Las

Sabanas. Estos fueron asimilados culturalmente y decolorados mediante el mestizaje hasta hacerlos casi indistinguibles del grupo dominante, proceso este último que, en cierta medida, fue mutuo entre los conquistados y conquistadores.

Este primer "Emblanquecimiento" de nuestra población favoreció los cromosomas blancos más de lo que las proporciones estadísticas de los dos grupos pudieran indicar, debido a la poligamia de hecho practicada por los conquistadores y negada a los conquistados. La familia legítima se mantenía relativamente blanca a través de varias generaciones, y de ese semillero europeo se efectuaban constantes incursiones sobre la masa indígena primero y mestiza después, en las que se plantaban los cromosomas "caucásicos". El caudal biológico europeo del mestizo fue así constantemente aumentado hasta que, en un momento dado, se le ascendía a la clase dominante.

Este proceso, cuidadosamente reglamentado por las costumbres y hasta la ley, hizo posible la permanencia y afianzamiento de la raza y cultura española en Panamá y en la América Colonial, a pesar de su muy reducido personal.

El aborígen fugitivo se marginó en las zonas agrestes, que en nuestro Istmo son principalmente las de la Selva Tropical, y las muy quebradas de la cordillera central y oriental. Aquí su vida fue fundamentalmente vegetativa, en cuanto a lo que a la nacionalidad se refiere, con dos grandes excepciones: (a) la irrupción abrupta y efímera del cholo coclesano durante la Guerra de los Mil Días; (b) la más constante y estructurada de la raza Kuna.

El cholo marginado se doblegó durante siglos a lo inevitable con paciencia casi oriental, pero, guardando en lo más recóndito de su alma el rencor acumulado secularmente. Soltada la válvula en el desorden revolucionario, después de la derrota liberal, irrumpió con explosión anárquica que pronto desgastó su propio ímpetu, volviendo saciado a su quietismo estéril.

El Kuna, en cambio, reaccionó con dinamia creativa. Grupos nutridos emigraron del Darién hacia la costa de San Blas, más propicia y sana, y fincaron allí los reales de su cultura milenaria que, en un nuevo "Habitat", se re-estructuró y desarrolló. Su participación en nuestra historia ha sido variada aunque esporádica. Durante la colonia fue principalmente negativa. En la época independiente, especialmente en las últimas dos décadas, se afianza su integración a la vida de la nacionalidad, y comienza a sentirse aporte positivo.

EL BLANCO.

El blanco aventurero de la conquista sufrió, una vez consumada ésta y con el transcurso del tiempo, profundas modificaciones. Tres tipos aparecieron en el Istmo: El latifundista, el campesino-pequeño-propietario y el capitalino.

El más antiguo fue el primero. Los conquistadores y los inmigrantes iniciales ansiaban señorío. Natá, fue de los Caballeros. Grandes áreas de terreno fueron organizadas en latifundios ganaderos por este grupo humano. Su prototipo lo constituyó la familia extendida, casi clánica, que surgió en Coclé, parte de Herrera y Veraguas, y que luego se extendió a Chiriquí. En la Zona de Tránsito surgieron también grandes latifundios, pero, el prototipo humano de esta región fue de índole más urbana que rural, razón por la que el latifundista en esta zona constituyó más bien un tipo marginal en este sistema de organización.

El latifundismo clánico y aristocratizante tuvo en nuestra historia considerable importancia. Llegó a su apogeo en el Siglo XVIII y en la primera mitad del siglo pasado decayó rápidamente a causa de las guerras familiares de esa época (Guardias vs. Goytias), y frente al impacto de fuerzas nuevas a las que, debilitado, no pudo hacer frente. Sin embargo, no por eso puede considerarse terminado. Importantes remanentes de esta organización permanecen vivos y, como se verá más adelante, modernizados.

El prototipo del blanco-campesino lo encontramos en la región de Sabanas de la Península de Azuero. La colonización de esta zona guarda interesantes semejanzas con la de Costa Rica y el Valle de Antioquía. Además de las características geográficas que se apuntaron en el Capítulo II, hay tres elementos que contribuyeron a plasmar el grupo humano Azuereño:

1. La población de esta provincia cultural parece haber originado de la marinería contábrica de una flota española naufragada en el Golfo de Panamá, por el pirata Drake. La región noratlántica de España ha sido baluarte de la pequeña burguesía y parvifundio. Sus habitantes, por lo tanto traían antecedentes culturales que favorecían el establecimiento de las instituciones del pequeño propietario rural.
2. La población indígena de Azuero parece haber sido dispersa y reducida, o por lo menos, así lo era a principios del siglo XVII como efecto de la conquista del siglo anterior, cuando se estableció en la región el nuevo núcleo demográfico. De aquí que los

colonos no contaran con mano de obra servil, sino que tuvieran que trabajar personalmente su propia heredad.

3. La tendencia hacia la encomienda aristocratizante se había atenuado para fines del siglo XVI, de modo que la legislación de Indias no favoreció el feudalismo en esta etapa de la colonización española.

El tercer grupo blanco de importancia lo constituye en nuestra historia, el elemento urbano de la Zona de Tránsito, principalmente de la Ciudad de Panamá; el capitalino.

Sus antepasados sociológicos están representados por el elemento burocrático y militar de la colonia mezclado con los latifundistas marginales y urbanizados de esta región. A este núcleo se añadieron posteriormente otros elementos que más adelante se comentarán.

Su "leitmotif" no fue propiamente el del clan aristocratizante, aunque hay un importante substrato de este elemento, sino más bien, un conjunto de factores, algunos negativos, en el sentido de reacción a estímulos irritantes y otros positivos en cuanto a captación de oportunidades.

Su consolidación como grupo se produce, sin embargo, no sólo como efecto de esa situación. El motivo psicológico que lo electrizó lo brindaron las guerras raciales con los cimarrones que pesaron casi exclusivamente sobre sus hombros. La experiencia fue traumática y dejó profundas huellas en su psiquis colectiva. Para captar la gravedad de la situación, conviene recordar que este grupo, muy reducido en número, dependía para su mano de obra de grandes masas de esclavos. Las proezas de Bayano deben de haber mantenido la pesadilla de un pre Haití, con todos los horrores de la guerra racial. Las murallas de la parte antigua de la ciudad vinieron a ser más una protección táctica de casta local, que de estrategia contra los bucaneros, en un ambiente toynbeeano de un grupo dirigente asediado por un belicoso proletariado externo y dependiente de un proletariado interno afin por raza y aspiraciones al de afuera.

EL AFRICANO.

El africano, estrechamente ligado a la organización socio-económica del blanco, desde su llegada a nuestro continente se divide también en tres grupos humanos: el peón, el esclavo fugitivo o cimarrón, y el esclavo urbano o doméstico. El peón complementa al grupo blanco latifundista y el doméstico al blanco capitalino.

El cimarrón es indudablemente el grupo africano más sobresaliente durante la época colonial, pero cede su prominencia en el siglo XIX al africano doméstico, después de la liberación de los esclavos.

El esclavo rural o africano-peón como se le llamó antes, contribuyó anónimamente al afianzamiento de nuestra nacionalidad prestando brazos a su base agrícola. Su mezcla racial con blancos y mestizos acabó, después de muchas generaciones, en su disolución en la masa general de la población con anterioridad a la de los otros grupos, salvo al del indígena de latifundio que le precedió en esto.

El cimarrón o esclavo fugitivo constituyó, por razones muy explicables, la primera gran amenaza a la incipiente nacionalidad. Su alianza con bucaneros y la alianza paralela del indígena selvático con éstos, amenazó con dar al traste con la colonización española en el Istmo y convertir a la hoy República en un Belice o una Mosquitia. Su gesta heroica ilustra como pocas la lucha por la libertad, pero, terminada la contienda, vegeta, se desintegra como grupo, y pasa al limbo del anonimato al margen de la historia posterior. Sus contribuciones fueron principalmente dos:

- a. Contribuyó a integrar por reacción, como ya se explicó al grupo blanco capitalino; y
- b. Le dio importancia, por reflejo indirecto, al grupo negro de menor importancia cultural entonces, el del africano doméstico, grupo que se convertiría pronto en uno de los puntales de la nacionalidad, consumada la emancipación de España.

El africano-doméstico-urbano debe de haber parecido durante la colonia como el grupo negro menos prometedor. No tenía la aureola heroica del cimarrón, ni la hombría muscular del peón rural. Estaba integrado principalmente por mujeres. Sin embargo, varios factores militaron decisivamente a su favor.

1. Su propinquidad al elemento más culto y eficaz de la clase dirigente, el blanco capitalino, le sirvió de escuela y le imprimió hábitos de auto-disciplina imprescindibles a la vida de ciudad.
2. La poligamia de hecho practicada por los amos produjo su "emblanquecimiento" relativo, factor de gran importancia en las jerarquías del prestigio social durante la colonia y después.

Terminada la esclavitud, los mulatos ex-esclavos sentaron sus reales en el arrabal santanero, y comenzaron a participar en la vida económica y cultural del área más activa del Istmo: la Zona de Tránsito; y, por ende, del país entero. Su contribución a la industria pesquera y a los transportes, por ejemplo, todavía perdura. Fueron

dependientes en tiendas y empleados públicos menores. Sus grandes figuras históricas no tardaron en aparecer, y sus aportaciones fueron en aumento durante el siglo pasado y parte del presente hasta llegar a la alta política, el derecho, y lo militar y la literatura, donde también perduran.

III

LOS TRAUMAS Y EL EQUILIBRIO DE ZONAS

En el capítulo II se definió lo que aquí se entiende por traumas. Conviene, sin embargo, adicionar dicha explicación para aclarar que lo esencial del trauma, en nuestra nomenclatura, es que provenga del exterior y que afecte adversamente el equilibrio de los elementos constitutivos de la nacionalidad. Un suceso de origen interno por más trascendente que fuera, no resultaría trauma por el hecho mismo de su origen.

Así también conviene anotar que las irrupciones foráneas no necesitan ser hostiles para que se las clasifique como traumas. Puede tratarse de situaciones apetecidas por la misma nacionalidad, pero, si sus efectos son las del desequilibrio de factores, resulta trauma de todas maneras.

Un ejemplo de esta última explicación sería el de las ferias de Portobelo. Su establecimiento es un trauma al igual que su terminación, porque tanto el uno como el otro producen desquiciamientos importantes. El primero, aparentemente conveniente, el segundo, inmediatamente incómodo.

Los traumas sufridos por el cuerpo social panameño en la época histórica discutida aquí son:

1. Las ferias de Portobelo y el tránsito colonial istmico.
2. Las incursiones bucaneras.
3. Reemplazo de la ruta de Panamá por la del Cabo de Hornos
4. Restauración de las Ferias de Portobelo.
5. Nueva supresión de las Ferias.
6. Liberación de los esclavos.
7. "La California" y el Ferrocarril transístmico.
8. El Centralismo colombiano y su amenaza a la autonomía local.
9. El Canal Francés.
10. La Guerra de los Mil Días.
11. El rechazo del Tratado Herran-Hay.
12. El Canal Norteamericano.

Como se podrá notar por esta lista, el trauma no es sinónimo del suceso histórico trascendente. Todos los traumas son sucesos trascendentes en nuestra historia, pero, no todos los sucesos importantes son traumas. Así vemos, por ejemplo, que las independencias de 1821 ó 1903 no constituyen traumas, aunque el canal norteamericano sí lo es.

Antes de proceder a discutir cada intrusión por separado, cosa que se hará brevemente, y sus efectos sobre el equilibrio geográfico, conviene apuntar que de los doce traumas once ocurrieron por razón de la situación estratégica de la base geográfica de la nacionalidad. Por esta razón, las zonas geográficas que se ven envueltas son aquellas delimitadas por el criterio de geografía-situación y no por las de geografía-clima o geografía-morfología.

El trauma restante, la liberación de los esclavos, afecta la zona de Sabana Tropical con excepción de Azuero y, principalmente, la subdivisión morfológica que se ha denominado la Pampa. La discusión en este capítulo se limitará, sin embargo, a examinar los efectos de las intrusiones sobre las zonas geográficas de situación, la de Tránsito y la del Interior, porque la liberación de los esclavos tiene también un efecto sobre el equilibrio de estas dos regiones.

PRIMERA EPOCA DE FERIAS EN PORTOBELO Y EL TRAFICO TRANSISTMICO COLONIAL.

La organización política inicial del imperio español calcó casi exactamente a la eclesiástica que se estructuró con anterioridad, y está, por razón de la actividad misional, se basó con extraordinaria frecuencia en las delimitaciones lingüísticas pre-colombinas. De estos antecedentes, y de las consideraciones estratégicas y de técnica más avanzada de los conquistadores, surgieron virreynatos, capitanías y audiencias, todas las cuales dieron origen a entidades independientes o autónomas al consumarse la emancipación o poco después.

Las divisiones administrativas apuntadas tuvieron para España una importancia estratégica, minera y agrícola, o una combinación de sólo dos de estos elementos. Panamá fue la única en todo el Imperio Español que tuvo exclusivamente una importancia estratégico-comercial.

El motivo de este estado de cosas, motivo recurrente en nuestra historia, es que, si bien Panamá no carece de base agrícola o minera, su función transitista es la que más interesa al mundo exterior. Nuestra riqueza agrícola minera o forestal puede ser reemplazada convenientemente por las de otras regiones, pero nuestra riqueza situacional no.

Si aparte de la riqueza situacional Panamá tuviera fuerza económico-militar sobresaliente en el campo extranjero, la situación geográfica hubiera sido arma poderosísima en manos de la voluntad nacional a manera de Génova o Venecia. Pero, la desproporción es tan marcada, que la ecuación se produce a la inversa. El situacionismo influye sobre la voluntad nacional y esta puede sólo acomodarse o forcejear con éxito limitado.

El trauma que se discute, venido casi junto con la conquista misma, plasmó la desproporción. La colonización del Interior se efectuó al principio por el impulso general amorfo de la expansión española. Luego, reconocida la geopolítica imperial, como función adjetiva a la defensa y crecimiento de la Zona de Tránsito.

LAS INCURSIONES BUCANERAS

Las incursiones bucaneras fueron el reconocimiento extranjero de nuestra riqueza situacional. Su efecto primero, esto es, mientras se mantuvo la ruta transístmica, fue la de acentuar aún más la desproporción que se ha apuntado.

La defensa del istmo exigió su militarización. Grandes y costosas fortificaciones surgieron y se dio comienzo a la infortunada tradición de la economía del cuartel. Soldadesca con salarios que se gastan en cantinas y prostitutas; comerciantes nativos y extranjeros que procuran satisfacer el mercado; aventureros, vaporinos y cosmopolitismo indiscriminante. La Zona de Tránsito continúa acentuando su importancia por encima del Interior.

Estos dos traumas, tomados en conjunto, tienen un efecto superimpositivo, es decir, el segundo acentúa la situación elaborada por el primero. Este efecto no es tan notable como el que tendrán posteriormente otros traumas, debido a que tanto las ferias como las incursiones bucaneras son irruptivas o cíclicas y no permanentes. Ocurren y desaparecen para volver a ocurrir. Sin embargo, su predictibilidad permite la estructuración de la Zona de Tránsito.

REEMPLAZO DE LA RUTA DE PANAMA POR LA DE CABO DE HORNOS.

El Debilitamiento de España causado por las guerras religioso-políticas de los siglos XVI y XVII produjeron en sus dirigentes una mentalidad defensiva. Islotes caribes fueron cayendo en manos de los enemigos lo que permitía a éstos operar desde bases más cercanas sobre las vías de comunicación vitales del Imperio. Su éxito forzó una retirada que consistió en reemplazar la vía transístmica por la del Cabo de

Hornos. Esta decisión asestó un golpe mortal a la economía transitista. Muerto el comercio, la Zona de tránsito, pobre en recursos económicos agrícolas y mineros cedió su posición de asiento económico y demográfico del Panamá colonial, al Interior de la República. La sección de más difícil dominio por razones de geografía-clima de la Zona de Tránsito, el litoral Atlántico, fue abandonado a su propia suerte, encogiéndose así el mundo geográfico de la nacionalidad panameña.

La supremacía económico-demográfica del Interior no fue reconocida políticamente. La ciudad de Panamá siguió como capital y en ésta se fundó la Universidad Jesuítica. La vida burocrática permitió que sobreviviera el germen del transitismo, pero, el auge del Interior produjo la primera y única época de nuestra historia de predominio agrario. La nacionalidad pudo así salvarse y recuperar fuerzas para una nueva embestida en los albores del siglo XIX.

El reemplazo de la ruta de Panamá por la del Cabo de Hornos y la muerte de las Ferias de Portobelo constituye el primero y más fuerte de los traumas que hemos llamado de oscilación. Su gravedad es difícil de medir. La población del Istmo entero probablemente no p. entonces de sesenta a ochenta mil habitantes. Por lo menos la tercera parte dependía para su sustento de la economía transitista y la comunidad entera debe de haber dependido fiscalmente de ella en una proporción mayor. La oscilación abrupta debe de haber tenido en consecuencia, repercusiones angustiosas de intensidad catastrófica que causaron una profunda impresión psicológica sobre los grupos dirigentes de esta Zona.

RESTABLECIMIENTO DE LAS FERIAS DE PORTOBELLO.

El restablecimiento de las Ferias de Portobelo a principios del siglo XIX permitió el retorno, después de un siglo de quietismo, de la Zona de Tránsito, a la arena del liderazgo nacional. Este trauma que también es de oscilación no tuvo la brusquedad del desplome, como el anterior, sino el efecto más gradual de una re-estructuración. Sin embargo, inició la corriente de la inmigración del Interior a las ciudades terminales, corrientes que habría de convertirse con la superimposición de traumas posteriores en un torrente de erosión de la vida rural y de su base demográfica.

NUEVA SUPRESION DE LAS FERIAS DE PORTOBELLO.

La nueva supresión de las ferias de Portobelo ocurrida poco antes de la independencia, planteó a la Zona de Tránsito la repetición del catastrófico trauma de oscilación; no es raro que los dirigentes del transitismo actuaran desesperadamente para evitarlo aprovechando la

coyuntura que planteaba el movimiento emancipador que prometía más que la independencia nacional, la posibilidad de vida económica de la Zona en las únicas faenas para las que estaba dotada: la explotación del transitismo.

LA LIBERACION DE LOS ESCLAVOS.

La liberación de los esclavos afectó principalmente la región agrícola que dependía de ella para su mano de obra. Fue un trauma en el sentido de afectar el equilibrio de las Zonas situacionales y también de las Zonas morfológicas.

El disloque de la economía latifundista que fue base de vida de la Pampa fortaleció, relativamente, a la Zona de Tránsito y promovió un aumento de la migración hacia la capital. Ha sido fenómeno general de la emancipación de los esclavos en nuestro continente, el de que éstos, rotas las cadenas, abandonen en gran número sus antiguas faenas y locales, trasladándose a los centros urbanos. Este suceso promovió también una migración del elemento latifundista director en la misma dirección, por las dificultades nuevas que ofrecía el agro sin mano de obra barata y por las oportunidades que brindaba la Zona de Tránsito de su propio transitismo nuevamente en auge.

Del derrumbe del latifundismo de la Pampa se desprende también el aumento en importancia de la Zona de Azuero que no fue igualmente afectada por el trauma, por no depender de mano de obra africana. Estos factores prepararon el escenario de las guerras familiares posteriores (Guardias -vs- Goitías) que acabaron con los remanentes del latifundismo clásico producto, principalmente, del siglo XVIII.

La liberación de los esclavos fue un trauma de oscilación, aunque apenas perceptible en este sentido. La razón de esto se debe a que la oscilación producida por el trauma anterior, la nueva supresión de las ferias, no produjo la oscilación completa, pues, fue corregido a tiempo por la independencia de España.

En esto comienza a manifestarse la voluntad nacional, representada por la Zona con mayor consciencia directriz. Con el objeto de evitar a tiempo un trauma de oscilación, que amenaza, la Zona de Tránsito trata de corregirlo buscando salidas nuevas o nuevas combinaciones con el mundo exterior, del que en realidad forma parte, que le permitan seguir aquilatando su situación.

"LA CALIFORNIA" Y EL FERROCARRIL TRANSISTMICO.

Después de la nueva supresión de las ferias, este trauma es el primero de una nueva serie de congéneres clásicos. La Zona de tránsito desarrolla de nuevo las características típicas del comercio transitis-

ta y acelera su estructuración mediante la atracción de inmigrantes del Interior y del extranjero. Este trauma representa el primer contacto no hostil de la zona con el mundo protestante anglo-sajón. Constituye un trauma de superimposición, pues acentúa los efectos del anterior y es el primero en no tener la característica del ciclo, pues se mantiene más o menos constante de 1848 a la guerra civil de EE.UU.

EL CENTRALISMO COLOMBIANO.

El centralismo colombiano, más que un suceso específico, es una cadena de amenazas, que a la larga, triunfa por cortos períodos, para salir derrotada al fin con la independencia de 1903. Aunque aparentemente no tiene por qué afectar la actividad comercial transitista, sí afecta el grado de usufructo de la misma por parte de la Zona, y esto es de capital importancia para comprender la situación.

La autonomía local es parte vital del transitismo en la época colombiana por tres razones principales: 1) Facilita cierta flexibilidad en el plano gubernamental a favor del comercio transitista al permitirle influenciar los servicios gubernamentales y ajustarlos a sus necesidades de la plaza. 2) Permite a la Zona volver a recibir parte de las utilidades perdidas en impuestos mediante el usufructo de un mayor número de posiciones burocráticas a favor de habitantes de la localidad y, 3) Permite, por lo menos en teoría, aislar a Panamá de las guerras internas colombianas y mantener la paz indispensable para un comercio floreciente.

Por estas razones, la autonomía local convenía a la Zona de Tránsito. Durante este período vuelve a hacer su aparición, ya con más fuerza, la voluntad nacional o por lo menos de la Zona de Tránsito, al hacer esfuerzos sobre-humanos por adelantarse a evitar la catástrofe del trauma de oscilación. El Convenio de Colón es el monumento por excelencia de esta actitud. En él se trató de salvaguardar la autonomía local y mantener la paz en el istmo. Aunque infructuoso en un principio, triunfa con Justo Arosemena y Murillo Toro en la Constitución de Río Negro.

El trauma oscilatorio del Centralismo Colombiano pudo, pues, ser evitado en gran parte.

EL CANAL FRANCÉS.

Como "La California", el Canal Francés fue un trauma típico en cuanto a su origen y la calidad de sus efectos. Fue como éste también por el hecho de carecer de ciclo o de periodicidad. Los períodos de construcción fueron largos y estables, y la interrupción habida entre

ellos no produjo una oscilación completa, pues no se consideraron definitivos y no duraron el tiempo suficiente para producir la catástrofe.

Este trauma es uno de superimposición, pues, acentúa los efectos del anterior.

La Guerra de los Mil Días es el segundo trauma negativo de nuestra historia. Esta es una categoría que no se ha destacado a fin de simplificar el análisis. Consiste, al igual que la liberación de los esclavos, en producir el realce de una zona dada, no mediante la ampliación de sus horizontes económicos, sino a través de la destrucción de una Zona rival, lo que produce un acentuamiento de la favorecida en relación con la víctima. La guerra de los Mil Días tiene esa importancia en lo que al equilibrio de zonas se refiere: acentuó la supremacía de la Zona de Tránsito mediante la destrucción de gran parte de la economía agraria del Interior. Resulta así ser un trauma de superimposición.

RECHAZO DEL TRATADO HERRAN-HAY.

Este trauma que amenazaba con una oscilación comparable a la supresión de las Ferias de Portobelo, aterrorizó a los dirigentes del transitismo que, ya diestro en conjurar amenazas mediante combinaciones internacionales, reaccionó produciendo la independencia de 1903.

La voluntad de la nacionalidad expresada desde comienzos del siglo XIX por la Zona de Tránsito, y que se había ido fortaleciendo con el ejercicio (Emancipación de España, Convenio de Colón), brotó aquí con más fuerza y decisión que nunca, y logró evitar rápidamente el impacto del nuevo trauma oscilatorio. Este resultó así abortivo, lo que permitió la concatenación superimpositiva de los dos traumas anteriores con el siguiente: el Canal Norteamericano.

EL CANAL NORTEAMERICANO.

El Canal norteamericano representa la culminación del transitismo. Es el trauma de mayor duración y, a pesar de variantes cíclicas dentro del oleaje general, cristalizó, tal vez para siempre el predominio del transitismo en la nacionalidad. Durante su hegemonía se han acentuado todos los efectos de los traumas transitistas, sólo que en proporción mucho mayor. Su efecto a la larga ha sido la de encasillar la voluntad nacional creando, como es bien sabido, una dependencia casi absoluta en factores foráneos sobre los que no tiene control. Las promesas del transitismo de progreso y prosperidad han resultado, sin

embargo, plenamente justificadas. Aunque apresada, la voluntad nacional vive en jaula de oro, comparada con otras voluntades nacionales de Hispano-américa, más recias, pero menos adineradas.

RESUMEN.

La sucesión de traumas de nuestra historia revela cuatro fenómenos de vital importancia para la comprensión del pasado de nuestra nacionalidad.

1. Los traumas que favorecen el crecimiento de la Zona de Tránsito se hacen cada vez más frecuentes y más poderosos y duraderos.
2. La Zona de Tránsito se hace cada vez más ducha en sortear y evadir el impacto de los traumas oscilatorios que favorecen al Interior, aumentando así, por superimposición o acumulación el efecto de los traumas transitistas.
3. La única Zona que parece desarrollar voluntad de acción como Zona es la de Tránsito.
4. Las manifestaciones de la voluntad de la Zona de Tránsito que en un principio fueron brotes existenciales de independencia anti-determinista se convierten, con su triunfo definitivo y contundente, en manifestaciones antiexistenciales en el sentido de que paralelan el determinismo y ya no se rebelan contra él.

IV

LOS GRUPOS HUMANOS Y LOS TRAUMAS DE LA COLONIA DEL SIGLO XIX

Como se vio en el capítulo anterior, los traumas sufridos por la nacionalidad tuvieron una profunda repercusión en la inter-relación de las Zonas produciendo, por reacción, una complicada dinámica de reajuste después de cada impacto y luego, una anticipatoria al impacto mismo. Esta fue la respuesta de la nacionalidad, en su base geográfica. En su base humana, el mecanismo fue parecido, aunque más delicado y trascendente ya que, en la mayor parte de nuestra historia se necesitó escaso estímulo para soltar las fuerzas centrífugas de intereses contrapuestos frenados imperfectamente por un asomo de sentido nacional y poder central.

Las incursiones Buceaneras asolaron al País durante los siglos XVI y XVII con aterradora frecuencia (alrededor de una cada quince

años); unas arrasaron con vidas y haciendas; las menos, hicieron que la población viviera en constante zozobra. Al impacto de este peligro, el cuerpo social panameño se resquebrajó y dos importantes sectores, el indígena selvático y el cimarrón, se aliaron con el invasor y estuvieron a punto de hacer naufragar el embrión de nacionalidad.

El grupo humano que defendió los intereses patrios fue en esa jornada el blanco de la Zona de Tránsito. El africano-doméstico, con su lealtad al grupo dirigente, inclinó la balanza a favor de la nacionalidad. Su deserción hubiera hecho posible el Belice panameño, o por lo menos, un remedo de Mosquitia al servicio del Protestantismo Marítimo Imperial.

REEMPLAZO DE LA RUTA DE PANAMA POR LA DEL CABO DE HORNOS.

El siguiente trauma de la época colonial y posiblemente el mayor de todos fue la eliminación de la ruta de Panamá a favor de la del Cabo de Hornos. Sus efectos catastróficos, que ya se comentaron, pueden escasamente ser apreciados. La Vida económica del país hubo de modificarse de raíz y el centro de gravedad demográfica y cultural cambió de asiento violentamente. El grupo humano resquebrajado resultó ser el antaño victorioso blanco capitalino, bajo cuya responsabilidad y vigilancia descansaba la Zona de Tránsito. Su reacción fue la de emigrar a regiones más prosperas del Imperio Español o a hibernar en anémicos latifundios cercanos a la ciudad capital. El efecto geo-político de estos sucesos fue el abandono del terminal atlántico de la zona a su propia suerte, pérdida que no se corrigió de manera efectiva sino hasta el advenimiento del Ferrocarril Trans-Istmico, obra que no fue de vendimia propia.

En esta encrucijada, la antorcha de la nacionalidad pasó a manos de los grupos de nuestra "creciente fecunda", el área de la gran sabana habitada: Panamá, Pedasí, Veraguas, Panamá. El mestizo y el mulato rurales, el campesino de Azuero y el blanco latifundista supieron hacer florecer la economía y la estabilidad. Sus ciudades llegaron a superar a la capital en población; brotó el folklore propiamente panameño y la erudición y refinamiento hicieron un atrevido asomo. De esta época data probablemente el origen de ese importante personaje de nuestra historia, el letrado interiorano, en cuya producción se ha distinguido Penonomé.

Durante la primera mitad del siglo XIX, la dinamica de ajuste y desajuste de los pueblos del Istmo sigue su desenfrenada carrera. Ocurren varios tipos de fenómenos: marginación temporal de algunos,

fusión de otros, desintegración y fusión parcial de residuos, desintegración general espasmódica, vigorización de grupos germinales o marginados.

Cuatro son los traumas que ponen en marcha esta nueva época: 1) Las Ferias de Portobelo, su restauración y abrupta terminación; 2) La Liberación de los Esclavos; 3) La "California" y, 4) El Centralismo colombiano.

RESTAURACION DE LAS FERIAS DE PORTOBELLO Y SU ABRUPTA TERMINACION.

Las Ferias de Portobelo permiten el rápido retorno al escenario directivo de la vida nacional del blanco capitalino, durmiente por casi un siglo. La Zona de Tránsito vuelve a trocarse en el centro de gravedad del país, y sus guardianes, en el grupo dirigente por autonomía. En defensa de sus intereses de grupo y de zona geográfica, son los blancos capitalinos los autores de la Independencia de España consumada por medios ingeniosos y motivaciones económicas que revelan la gran capacidad política de este elemento y la percepción correcta de sus intereses. Mientras hubo ferias, los blancos capitalinos fueron monárquicos; desaparecidas éstas, provocaron la deserción y paralización de la milicia española y obtuvieron en negociaciones de gabinete lo que Bolívar no lograra con sus expediciones al istmo. Sus contribuciones al triunfo de la causa independentista fueron enormes, no tanto en el campo de las armas como en el del financiamiento de expediciones militares y el control de las vías de comunicaciones, tareas a las que se aplicaron con fervor de venecianos.

Esta habilidad político-económica parece ser rasgo fundamental del blanco capitalino, expuesto como está a un cosmopolitismo constante dentro del cual usa su ingenio para esquivar impactos y barajar fuerzas de aplastante poder. Esta es su aportación más trascendental a los momentos decisivos de la vida de la nacionalidad. Las guerras cimarronas fueron conjuradas no por poéticas batallas castellanas sino por negociaciones y transacciones, las que, al romper la triple alianza Bucanero-Kuna-Cimarrona, salvaron a la Zona de Tránsito y por ende a la simiente de panameñidad. La emancipación de España se consuma de igual manera y por el mismo grupo. La inclusión de Panamá en la Gran Colombia la lleva a cabo el blanco capitalino por razones inteligentes y condiciones que más se asemejan a las de un contrato analítico que a un brote de lirismo y emotividad.

La Independencia de 1903 vuelve a ser obra de este grupo humano, y vuelven a aparecer las consabidas características venecianas de realismo y estrategia.

En el siglo XIX se margina el indígena Kuna al reestructurarse el juego internacional de potencias del que fuera peón, y se retira casi por un siglo.

LIBERACION DE LOS ESCLAVOS.

En esta época ocurren en el Interior profundas modificaciones en la estructura demográfica. La revitalización de la Zona de Tránsito, la terminación de la esclavitud y las guerras familiares, acaban con la hegemonía de la gran clase latifundista. Sus miembros comienzan a emigrar principalmente a la ciudad capital donde se confunden con el blanco capitalino reforzando sus números e identificándose con él. El efecto de esta amalgama es interesante. El latifundista desplazado, con mayor consistencia de clase que el capitalino, contribuye a reforzar el sentido aristocrático de este grupo. Además, añade un importante elemento psicológico a su pensamiento económico: el de que la tierra constituye la riqueza fundamental. En un ambiente urbano, este concepto no se traduce en hacendados sino en "caseros". El impulso de inversión y riesgo comercial del blanco capitalino se debilita, y la estructura mental surge como mezcla de los dos factores que se pueden resumir en la siguiente fórmula: invertir en casas de alquiler, para convertirse en rentista, y el excedente, en tierras circunvecinas para fines de especulación. Si a esto se añade un desprecio por el "tendero" que proveniente de España comienza a injertarse al blanco capitalino a través de los ex-señores feudales, tenemos el pensamiento económico completo de un importante sector del grupo. La cristalización parcial de esta mentalidad que se logra a principios del siglo XX, le restó impulso comercial al blanco capitalino y le hizo perder la hegemonía económica de la Zona de Tránsito a favor de inmigrantes hebreos, europeos y levantinos, con grave merma de su poder político.

La emigración de las grandes familias latifundistas, que se efectúa paulatinamente dejando atrás vástagos marginales, va aparejada con la fusión cultural del antiguo mulato de latifundio con el antiguo mestizo interiorano, ambos de la Zona de Pampa y de Veraguas. Las diferencias de grupos se atenúan y surge una jerarquización piramidal de vértice obtuso y romo, con la consiguiente promesa, luego realidad, de una clase media provincial.

El campesino blanco-pequeño-propietario de Azuero hace su primer ingreso a la arena de la vida nacional roto el baluarte geográfico del latifundismo que lo arrincona a su península esquinada. Este grupo humano se abrió paso hacia el centro ecuménico aliándose con los Goytías en contra de Guardias y Fábregas en la ya mencionada contienda familiar. Destruídos los Guardias y circunscritos los Fábregas y satélites a Veraguas, el campesino azuereño se abre paso hacia la capital, donde, más tarde, contará con poderosos aliados.

Durante el siglo XIX, sigue el derrumbe del negro cimarrón. A veces se margina inerme y anónimo, a veces irrumpe espasmódicamente y con Prestán incendia y asalta. Pero sus días de vida como grupo están contados. Su función histórica se limitará en adelante a reforzar, mediante la emigración, los números del nuevo elemento africano ascendente, el negro-urbano-ex-esclavo doméstico, el mulato arrabaleiro, que instruye con fuerza creciente al torbellino de la vida nacional.

Con la Independencia de España se acelera la dinámica de los grupos demográficos en virtud de la intensificación exuberante de la vida política. Aunque algunas zonas se marginan temporalmente, el fenómeno polar de este período es el esfuerzo por estructurar todos los grupos existentes en una omnípoda integración. El auge de las comunicaciones ayuda a este proceso, como también, la simplificación de los elementos componentes, mediante los procesos de desaparición, fusión y marginación que se han discutido.

PANORAMA DE LOS GRUPOS HUMANOS AL INICIARSE LA ERA COLOMBIANA.

Durante la década de 1830 los grupos humanos de Panamá revelan la siguiente situación:

El Kuna está definitivamente marginado, y no cobra importancia sino en la tercera década del presente siglo, cuando trata de repetir su actuación histórica tradicional y del brazo del protestantismo anglosajón trata de establecer la República de Tule. Con posterioridad, y mediante negociaciones, se le otorga un status legal que le permite vivir con garantías. Luego ingresa a la arena de la política nacional donde cobra importancia eleccionaria por su unidad de voto.

El cimarrón, como se dijo con anterioridad, produce explosiones de violencia aisladas, pero no actúa con conciencia de grupo y desaparece.

El blanco latifundista también se esfuma. Rota su base económica, emigra a la capital y al extranjero. Pequeños sectores permanecen en su antiguo local, pero estos ya no actúan como grupo. El hecho

económico de que estos siguen teniendo tierras no influye en su pensamiento político, que se confunde con el de otros grupos de manera indiscriminada. La institución propiamente tal, se refugia en Chiriquí donde florece con extraordinario vigor, pero sus dirigentes tampoco actúan unificadamente. El latifundista chiricano del siglo pasado se alia con tirios y troyanos, según sus preferencias personales. En el presente siglo, sin embargo, se nota un renacer del espíritu de grupo, pero esta época no toca ser examinada por el presente artículo.

El blanco capitalino crece en números y en importancia. Su estructuración es la más completa y duradera de cuantas exhibe nuestra historia. Su capacidad de comprensión de sus intereses y de actuación se afina, como quedó demostrado en el capítulo anterior, pues la Zona de Tránsito habla por su voz y funciona por su impulso. Su cosmopolitismo cobra bríos al contacto de la cultura norte-americana y francesa.

El arrabalero también crece y se plasma, a la par de su rival, pero con menos posibilidad o capacidad de acción concatenada. El esquivamiento de los traumas de oscilación que logra el blanco capitalino lo benefician, así como la superimposición de traumas favorecedores de su Zona. Parte de las ganancias del transitismo llega al arrabal, que al gozar de estabilidad económica se aburguesa y refina y comienza a producir una élite intelectual profesional. Simultáneamente, la inmigración continúa su descoloración racial. El arrabal, aunque oficialmente mulato, cuenta con una amplia gama de pigmentación. Uno de sus caudillos máximos, Buenaventura Correoso, es racialmente blanco aunque sociológicamente moreno. La influencia cultural francesa es, de las extranjeras, la única que echa raíces. El arrabal se convierte en copartícipe espiritual de "La Marsellesa" y encuentra en la gesta revolucionaria de Francia la interpretación de sus aspiraciones. La influencia norte-americana lo dejan en cambio, impávido. El racismo tan peculiar de las culturas protestantes lo hace rechazarlas con vigor. En esto es inflexible, desde la tajada de sandía hasta el "affaire" de las bases en 1947.

El azuereño adquiere en este período enorme fuerza, que culmina con la guerra de los Mil Días y con la victoria electoral de 1912 que resulta el fruto tardío de la batalla de la Negra Vieja. Después de un corto período de brillantez durante las administraciones de Belisario Porras, se desintegra como grupo, confundándose con los que sobreviven.

De las remanencias del antiguo blanco latifundista surge en las ciudades provinciales principalmente de Coclé, la clase media provincial. Su base económica es principalmente agraria, pero posee una preocupación intelectual y un gran interés por los cargos públicos en especial los relacionados con la judicatura. El agrarismo se va atenuando al desarrollar también pequeños intereses comerciales y hasta industriales. Desemboca en las actividades de transporte marítimo primero y terrestre después, y logra así estructurar una base económica y una vida intelectual típicamente pequeño burguesa. Es tal vez el único brote sólido que ha producido Panamá de pequeña burguesía. Con posterioridad pierde a manos de los asiáticos gran parte de su comercio al detal, pero su orientación psicológica de clase media se mantiene con extraordinaria consistencia. Este grupo no actúa, sin embargo, con decisividad propia, sino como aliado menor de los más poderosos.

En resumen tenemos que, a partir de la década de 1830, los grupos humanos que por su participación activa constituyen la nacionalidad desde esa fecha hasta 1903 son fundamentalmente cuatro: El Blanco capitalino, El Santanero, El Azuereño y la Clase Media Provincial.

Aunque parte de sus vicisitudes se han adelantado en la descripción panorámica de esta sección, se completará el análisis siguiendo el método de tomar cada trauma por separado.

LA CALIFORNIA Y EL FERROCARRIL TRANS-ISTMICO.

La centralización del poder en la Zona de Tránsito ocurrida a raíz de la independencia de España, fue acrecentada por la California y la construcción del Ferrocarril Trans-Istmico. El Blanco Capitalino afianzó su dominio sobre el país como resultado de estos sucesos, pero, el trauma afectó también profundamente al Santanero y lo impulsó en la carrera política que había comenzado ya con los conatos levantiscos del general Espinar, su primer caudillo.

El trauma fue uno de los de clásico tipo transitista, pero como ya se dijo en el capítulo anterior, el primero en carecer del carácter ondulante o cíclico de las ferias y las periódicas flotas españolas. Su duración sobrepasó a la década. Los dos rasgos permitieron la plasmación de efectos más permanentes.

Su trascendencia para las demás zonas del país fue la de acentuar el dominio de la de Tránsito y continuar la absorción de elementos del Interior. Los grupos humanos aquí, fueron empobrecidos paulatinamente mediante la erosión demográfica acostumbrada, pero el desarrollo del mercado transitista dio suficiente impulso a la producción

agrícola interiorana como para evitar la destrucción de la economía rural. La deficiencia de las vías de comunicación restringió los efectos saludables a regiones principalmente costeras y accesibles. La erosión humana, en cambio, afectó a las más distantes. De estas últimas es ejemplo el Centro de Veraguas que vió partir a muchos de sus habitantes más prometedores hacia la Capital. De las primeras, fue ejemplo Los Santos, que al poder disfrutar del mercado capitalino con sus puertos de Mensabé y Tonosí, gozó del auge y frenó la emigración.

Los grupos humanos de la Zona de Tránsito se vieron afectados de la siguiente manera:

- a. El blanco capitalino: Absorbe inmigrantes interioranos del antiguo grupo latifundista. También Anglo-Sajones, Europeos y colombianos de los sectores dirigentes de ese país. La prosperidad valoriza sus bienes raíces y permite un comercio floreciente. Se funda La Estrella de Panamá, y comienza su cosmopolitización poli-cultural al entrar en contacto pacífico con el mundo anglo-Sajón por primera vez en su historia.
- b. Para el Santanero, el trauma representa el primer auge comercial después de la liberación de los esclavos. Es decir, fue el primero que le permitió adquirir propiedades y en general manejárselas independientemente. Este grupo se ve acrecentado también demográficamente. Los nuevos reclutas provienen de los ex-cimarrones y ex-peones de campo así como también de colombianos de los sectores populares. Sus contactos con la cultura anglo-sajona son de repulsa y ocurre el incidente de la "Tajada de Sandía", El arrabalero fortalece su conciencia de grupo y continúa su descoloramiento racial. La pugna abierta con el blanco capitalino que brotara a raíz de la desmembración de la Gran Colombia se va acentuando y se muestra con gran fuerza en el trauma siguiente.

La lucha de grupos en la Zona de tránsito originada en las guerras cimarronas, continúa teniendo un fuerte colorido racista. El símbolo de poder que el Santanero le disputa al blanco capitalino es el de los puestos públicos, ya que al arrabal le es difícil precisar cuál de los bienes de su rival es el que desea arrebatarse. Este problema que resulta recurrente en nuestra historia se presenta por el hecho de que las fuentes económicas del poder blanco capitalino la constituyen lotes urbanos y establecimientos comerciales al detal, propios o de inmigrantes aliados. Estas riquezas resultan incapaces para enardecer los ímpetus revolucionarios de manera comparable al enardecimiento que provocan los latifundios y las industrias de otros países.

EL CENTRALISMO COLOMBIANO.

Por las razones que ya se apuntaron, el centralismo colombiano constituyó una amenaza al usufructo del transitismo. El blanco capitalino trató de evitar su manifestación y el Convenio de Colón constituyó el monumento a sus desvelos.

La lucha entre los dos grupos de la zona oscureció la identidad de intereses que, en la explotación del tránsito, tenían ambos. Triunfante Murillo, suscriptor del pacto, receló del localismo panameño, y encontró aliados en el arrabal para derrotar a Santiago de la Guardia y darle muerte en la primera y única batalla campal por nuestra autonomía. Sin embargo, el transitismo del blanco capitalino triunfó con Justo Arosemena en la constitución de Río Negro y de una manera definitiva en 1903.

EL CANAL FRANCES.

Los efectos del Canal francés fueron análogos a los de La California y el Ferrocarril Transistmico: inmigración hacia la zona de tránsito, valorización de los bienes raíces, etc., pero se distinguió de este en su mayor duración y fuerza. Además, en que tanto el blanco capitalino como el santanero fueron igualmente receptivos a la nueva influencia cultural.

Con toda probabilidad, fue este, de todos los traumas transitistas pasados, el que más benefició al arrabal, pues no sólo permitió una mayor percolación de los beneficios económicos mediante su demanda de mano de obra, sino que lo puso en contacto con la cultura francesa que era liberal aún en su versión bonapartista.

En esta época se incuban los primeros caudillos santaneros civiles que habrían de ingresar más tarde a la política nacional. La actividad literaria popular y periodística adquiere vigor y consistencia, y el grupo se estructura en preparación a la Guerra de los Mil Días cuando junto con Azuero dominaron el país y sólo la intervención de ejércitos colombianos pudo evitar un triunfo definitivo.

LA GUERRA DE LOS MIL DIAS.

La guerra de los Mil Días es tal vez el suceso histórico más importante del siglo pasado en cuanto al equilibrio de grupos se refiere. Su discusión debe posponerse para un capítulo posterior debido a la necesidad que hay, para comprenderla adecuadamente, de analizar las ideologías políticas del siglo pasado y la relación de éstas con los grupos humanos.

LOS GRUPOS HUMANOS Y LAS IDEOLOGÍAS POLÍTICAS DEL SIGLO XIX

Antes de pasar a describir la dinámica de los grupos humanos para a fines del siglo XIX frente a los trascendentales sucesos de esa época se hace necesario aclarar los conceptos ideológicos alrededor de los cuales se desarrollaron las luchas políticas de este período histórico. Descritos los prototipos, se procederá a explicar las modificaciones que sufrieron al ser asimilados por nuestros grupos humanos. Estos movimientos fueron, por supuesto, el Liberal y el Conservador, corrientes complejas, que han sufrido en nuestro folklore político, simplificaciones que oscurecen su correcta comprensión.

El prototipo general del conservatismo tenía las siguientes características: teología católica; organización social aristocrática; organización política oligárquica; personal dirigente civilista; filosofía económica fisiocrática; psicología internacional xenofóbica; filosofía cultural etnocentrista.

El prototipo general del Liberalismo tuvo a su vez las siguientes características: teología positivista; organización social popularista; organización política, la dictadura; personal dirigente militarista; filosofía económica libre-cambista; psicología internacional xenofílica; filosofía cultural cosmocentrista.

El por qué de estas características no es motivo de este ensayo. Basta aquí con señalar que a menudo, la ideología del partido no tuvo manifestaciones en la realidad. Por ejemplo, el Liberalismo bajo ese nombre u otro, produjo las más férreas dictaduras en la América Latina (vg., Estrada Cabrera, Zelaya, Díaz, Guzmán Blanco, etc.), mientras abogaba por la democracia y los derechos individuales. El conservatismo, por otro lado, aunque surgido de la tradición universalista de la Iglesia, fue etnocentrista rabioso, tal vez por reacción a las influencias culturales foráneas más vigorosas del siglo, las del liberalismo anglo-sajón y francés.

Aunque el ímpetu inicial de las luchas de partidos parece haber sido clasista, las más de las veces terminaron en meras contiendas Paretianas de circulación o suplantación de élites (vg. México con Porfirio Díaz). Este fenómeno fue tan marcado que el significado de las luchas se desdibujó frecuentemente en contiendas personalistas locales a la manera de güelfos y guibelinos.

ACLIMATACION DE LAS IDEOLOGIAS EN NUESTROS GRUPOS HUMANOS.

Colombia mantuvo bastante la consistencia entre los sistemas de valores iniciales y los partidos. A pesar de esto, resulta forzado e ineficaz las más de las veces, el alineamiento de los grupos humanos del Istmo a lo largo de las tradicionales banderías políticas.

Para los propósitos de este ensayo se relacionarán los sistemas de valores o características de los movimientos Liberal y Conservador, con los grupos humanos, para proceder luego, a las generalizaciones políticas, si es que los hechos parecen permitirlo.

Los grupos humanos que participan positivamente de la vida nacional en este período son fundamentalmente cuatro: el blanco capitalino, el campesino azuereño, la clase media provincial, surgida en la Pampa y sucesora del latifundismo, y el mulato arrabalero.

Durante la segunda mitad del Siglo XIX, el blanco capitalino absorbió, de las ideologías en pugna, elementos sacados indistintamente de uno y otro bando.

Del conservatismo tomó el ideal social aristocrático y el político de oligarquía. Su personal de dirección fue principalmente civilista. En cuanto a religión, asumió una actitud de indiferencia, como se puede notar por la carencia de vocaciones religiosas y su falta de respaldo a los intereses de la Iglesia. De esta corriente ideológica rechazó, sin embargo, su pensamiento económico fisiocrático, su actitud internacional xenofóbica y su actitud cultural etnocentrista. El blanco capitalino, en estos órdenes de la política, fue libre-cambista, xenofílico y cosmocéntrico; es decir, tomó tres elementos conservadores, tres liberales y eliminó uno, el religioso.

El mulato arrabalero, fue igualmente heterodoxo en la combinación de elementos ideológicos, a pesar de llamarse oficialmente liberal.

En religión, aunque más católico que el blanco capitalino, no dejó que este elemento influyera su actividad política de una manera perceptible, razón por la cual hemos de tildarlo de indiferente. El arrabalero sacó de la ortodoxia liberal un ideal de organización social popularista, así como también una afición por el personal dirigente militarista y por las consiguientes dictaduras o con su variante de gobiernos de "hombres fuertes". Su actitud internacional la obtuvo, sin embargo, del conservatismo, pues fue rabiosamente xenofóbico, como quedó ilustrado en el incidente de la "Tajada de Sandía"; de aquí, y de su escasa participación en las ganancias de la vida comercial se

derivó un pensamiento económico fisiocrático profundamente anti libre-cambista, cosa que aún perdura. Este es también rasgo distintivo del conservatismo. En actitud cultural fue en cambio cosmocentrista como efecto del cosmopolitismo de la Zona de Tránsito y de su ténue conciencia de tradición cultural.

La clase media provincial, cuyos prototipos parecen surgir de la Pampa, pero que luego abarcan otras provincias, fue también heterodoxa, aunque en menor grado.

En religión, es la única que se manifiesta católica, rasgo fundamental de la ortodoxia conservadora. En economía es fisiocrática y en personal dirigente civilista; es además xenofóbica y altivamente etnocentrista. Todos estos son elementos de derecha. Pero en cuanto a organización social y política, forma una curiosa combinación: es oligárquica en su versión provincial del gamonalismo y popularista como resultado de su origen poliracial. Este último es, como ya se vió, rasgo de la ortodoxia liberal latinoamericana, y del conservatismo el primero.

El campesino de Azuero ofrece a su vez la combinación de los siguientes elementos: Catolicismo indiferente, popularismo y dictadura u "hombre fuerte", y xenofilia, todos estos últimos rasgos liberales. Pero, fue etnocentrista, fisiocrático y civilista, rasgos éstos del conservatismo.

Con estos cuatro grupos humanos de pensamiento disímil y heterogéneo se forma la versión de nacionalidad que corresponde a la última parte del Siglo XIX.

De la dinamia consiguiente surgen alianzas, combinaciones, y en la capa dirigente de cada núcleo, cambios de ideología con consecuencias importantes.

VI

LA GUERRA DE LOS MIL DIAS Y LAS VISPERS DE 1903.

El período de discusión ofrece un panorama de alianza de los grupos en competencia que debe achacarse a la afinidad de intereses y de ideología. El blanco capitalino encuentra apoyo en la clase media provincial y en los remanentes del latifundismo. El mulato arrabalero coordina sus esfuerzos con el campesino de azuero.

La primera alianza surge automáticamente sin que pueda atribuirse a ningún personaje en especial y llega a su apogeo con Rodolfo Chiari. La segunda, en cambio, parece ser obra del General Correoso y llega a su mayor auge con el binomio Porras-Mendoza.

Como es obvio suponer, las alianzas se basaron en la afinidad y las enemistades en la discordancia. Conviene, por lo tanto, examinar a la luz de los elementos anatómicos que se discutieron a fin de descubrir las coincidencias de caracteres que provocaron los acuerdos.

El blanco capitalino y la clase media provincial coinciden sólo en su civilismo y en la tendencia oligarquizante, lazos bastante ténues para hacer perdurable esta alianza, como se encargó de comprobar la historia. La alianza Santa Ana-Azuero coincide en cambio en populatismo, fisiocracia y "hombre-fuertísimo". La aseveración de fisiocratismo para el campesino azuereño puede disputarse en vista de la política arancelaria de algunos de sus dirigentes. Esto puede achacarse a concesiones hechas con miras a una política nacional. Pero a la par de esta actitud debe recordarse la más importante y trascendental preocupación por la "Patria Chica" que manifestaron en la construcción de carreteras y mejoras para las poblaciones del interior, así como los infructuosos esfuerzos en materia de política agraria, que resultaron contraproducentes por impericia y excesivo optimismo.

El mayor arrastre de la combinación Santa Ana-Azuero quedó plenamente comprobado durante la Guerra de los Mil Días y en las elecciones de 1912. El eje blanco capitalino-clase media provincial, se mantuvo en el poder gracias al apoyo de aliados extra-panameños y a su consabida agilidad mental en la captación de oportunidades históricas y de su realización.

Paralelamente con la explotación de la Zona de Tránsito, el blanco capitalino comenzó a sufrir pérdidas de poder que no fueron perceptibles de inmediato. La primera fue una relativa desintelectualización. La hegemonía intelectual de que gozó en el siglo pasado hubo de compartirla con otros grupos. Sus mejores talentos fueron absorbidos por el comercio y perdió así elasticidad. Los sectores puramente comerciales del grupo comenzaron a actuar solos, solicitando, a lo sumo, la asesoría de intelectuales importados, improvisados o recién reclutados de otros grupos. Circunstancia que le restó horizontes y futuridad a la política del blanco capitalino.

La segunda causa de debilitamiento del blanco capitalino se debió a la absorción demasiado rápida y sin cuidadosa asimilación de un excesivo número de comerciantes extranjeros. Esto, unido al primer fenómeno, produjo el debilitamiento de la conciencia de grupo tan

indispensable a todo núcleo aristocrático, y por lo tanto, a la posibilidad de actuar como equipo. Importantes sectores del grupo dirigente, especialmente de entre los extranjeros recién aceptados, perdieron la idea del poder económico como arma de dominio social, político y cultural y buscaron la fortuna por la fortuna misma. El elemento extranjero no tardó en convertirse en el más poderoso económicamente amenazando con hacer del antiguo amo de la Zona de Tránsito y del país un apéndice de sus intereses. Además, la supresión de gran parte de la autonomía local por las reformas de Núñez, le disminuyó al blanco capitalino su otra gran prerrogativa, la dirección política del Istmo y lo convirtió en ayudante del altiplano colombiano, haciendo olvidar, por lo menos por un tiempo, la gloriosa tradición del Convenio de Colón.

Antes de proseguir, conviene detenernos a revisar de nuevo algunos aspectos anatómicos de los grupos en discusión, que revelan la necesidad de conceptos y criterios especiales para nuestro ambiente sociológico.

El grupo tradicionalmente dirigente del país, el blanco capitalino, fue en esencia comerciante e intelectual. Su fuerza radicó en su pura y simple capacidad directriz dentro de la Zona más importante del país, lo que le dió automáticamente la hegemonía de éste. El blanco capitalino, a diferencia de las demás clases dirigentes de la América Latina, no tuvo ni clero ni ejército propios; además, durante el siglo XIX tampoco tuvo una organización feudal eficiente. Es decir, no poseyó ninguna de las columnas del poder aristocrático latinoamericano. Su hegemonía sobre el Istmo fue, pues, una proeza del ingenio.

Las fuentes de poder del blanco capitalino fueron exclusivamente el intelectualismo y el capital comercial móvil, junto con bienes raíces urbanos. Los dos primeros fueron sus armas de batalla; el tercero, su reserva vital. Mientras tuvo esta última, pudo retornar a las lides del poder después de sus derrotas. Así lo hizo al comienzo del siglo XIX después del letargo del XVIII y volvió a repetir la operación después de su ocaso temporal de 1912 a 1924. Los bienes raíces urbanos, a los que se aferra obsesivamente a pesar de su relativa improductividad, son las raíces de su propia existencia y esconden la clave de sus periódicos renacimientos. Con ellos cobra impuesto a los comerciantes extranjeros que evaden fácilmente otros tributos y habitan corto tiempo nuestro istmo dejando en él tan solo las migajas de sus alquileres, así como también grava a su eterno e inmediato enemigo, el mulato o el negro capitalino, según el caso, al que hace pagar indirectamente parte de la estructura estatal necesaria para mantener cosidos los elementos de la nacionalidad.

Al acercarse el fin del siglo XIX, el blanco capitalino, aunque bien comido y dominante en apariencia, comenzó a demostrar las graves deficiencias apuntadas, que no tardaron en ser reconocidas por el du-unvirato Santa Ana-Azuero. Este elemento se sintió de repente con el dominio intelectual del país y olfateó el debilitamiento económico relativo del blanco capitalino orillado por los inmigrantes. Al estallar la contienda colombiana, surgió la oportunidad de ajustar cuentas y esta fue aprovechada. Es curioso señalar que el debilitamiento del blanco capitalino fue tan marcado, que no pudo poner en el campo de batalla fuerzas apreciables, ni siquiera un dirigente destacado. Azuero-Santa Ana, por el contrario, armó ejércitos y produjo caudillos de primera línea. La guerra fue principalmente una de la masa panameña contra el ejército gubernamental colombiano, defensor de la ciudadela del blanco capitalino, que pasivamente observó los acontecimientos militares junto con la deserción de importantes elementos suyos al campo del contrario.

La Guerra de los Mil Días representó el primer esfuerzo coordinado en escala nacional efectuado por las fuerzas populares de Panamá por conquistar el poder. La batalla del Puente truncó el impulso momentáneamente, pero no pudo borrar el hecho demostrado de que Azuero-Santa Ana eran los dueños del país, y que sólo fuerzas militares extranjeras habían podido arrebatárles la victoria. Un triunfo liberal completo en aquel entonces le hubiera presentado a Bogotá el problema de un ejército popular panameño dominando el Istmo y separado por geografía e ideología del poder central. Los resultados de esta situación no son difíciles de prever. Tal vez, una tregua resguardada por el "Wisconsin" mientras las Estados Unidos negociaban con uno y otro bando para obtener las mejores condiciones. Hubiera sido una competencia de concesiones entre Colombia y Panamá, con efectos probablemente desastrosos para nuestra nacionalidad, o tal vez habríamos presenciado la reconciliación entre liberales panameños y conservadores colombianos con base en un Estado Soberano Liberal enclavado en una República conservadora, solución con debilidades obvias.

La Guerra de los Mil Días tuvo otro efecto de gran importancia para el equilibrio de poderes entre las Zonas y es que de ella salió deshecha la economía agraria de Panamá. En cambio, la economía de la Zona de Tránsito no sufrió de manera comparable. Los ejércitos contendores arrasaron la ganadería, la vida rural, pero, a la ciudad capital le impusieron sólo un imperfecto bloqueo, y de corta duración.

VISPERAS DE LA INDEPENDENCIA Y EL TRAUMA DEL RECHAZO DEL TRATADO HERRAN-HAY.

En vísperas de la Independencia la situación general del país era así: En cuanto a Zonas, la de Tránsito salió aún más reforzada en relación con el Interior. En cuanto a grupos la alianza Santa-Ana-Azuero demostró su poder, aunque derrotada. El efecto histórico a largo plazo de la superimposición de estos dos factores fue que las fuerzas políticas populares comenzaron a ser atraídas hacia el pensamiento económico de la Zona preponderante, donde, además, se encontraba enclavada la mitad de su fuerza política.

Nunca en la historia estuvo el blanco capitalino en condiciones tan angustiosas como en 1903. La alianza de fuerzas populares había neutralizado a sus aliados interioranos y dominaba a la República. Su hegemonía intelectual estaba perdida. Sólo le quedaba la pequeña península de la capital y esta por obra y gracia de fuerzas colombianas; y dentro de sus murallas, comerciantes extranjeros lo empujaban más y más hacia un caserismo estático. Como si esto fuera poco, vino el rechazo del tratado del Canal a poner fin definitivo a sus sueños ya febriles de recuperación. Bajo estas condiciones amaneció "el 3 de noviembre", fecha cumbre de nuestra historia, pero más memorable aún para el grupo que discutimos. En cuestión de horas, este puñado humano de increíble resistencia cambió su porvenir y el del país. Poniendo en juego toda la experiencia aprendida en cuatro siglos de luchas y trastornos salió del claustro de sus casas apiñadas e hizo lo que otros no pudieron construir.

GENERALIZACIONES

1. La nacionalidad tiene una base geográfica dividida en zonas y una base humana dividida en grupos.
2. La adecuada comprensión de nuestra historia debe hacerse tomando a los grupos humanos como elementos fundamentales. Estos son conglomerados de personas y familias que participan en nuestra historia de manera conjunta y duradera como una unidad.
3. Su consolidación obedece a razones de raza, historia, geografía, psicología, antecedentes culturales y económicos. Ninguna de éstas es determinante por sí sola y tampoco influye de igual manera o con la misma intensidad en cada caso.

4. Los conceptos de partido o ideología son ineficaces para descifrar nuestra historia, porque al ser asimilados por cada grupo, sufren profundas modificaciones, que desnaturalizan su significado original.
5. El concepto de clase social es también ineficaz, por dos razones fundamentales: primero, porque los grupos humanos del Istmo han estado a menudo desconectados económica y socialmente entre sí; y segundo, porque su actuación histórica ha obedecido con frecuencia a motivaciones no económicas.
6. Los grupos humanos demuestran una extraordinaria resistencia a través del tiempo, lo que acrecienta su valor como elemento básico de análisis y punto de apoyo o referencia de interpretaciones.
7. Los grupos humanos parecen haber buscado su fusión mediante su desdibujamiento y unificación, pero esta tendencia original fue interrumpida por traumas exteriores que permitieron la cristalización de cada sector.
8. Como efecto de la cristalización, los grupos se han diferenciado sociológicamente orientando sus actitudes históricas de manera diversa.
9. La nacionalidad es el resultante, no de una integración o síntesis estática, sino del equilibrio dinámico de los grupos humanos que la componen en un momento dado.
10. Cuando se rompe el equilibrio existente, el grupo amenazado busca a menudo alianzas exteriores para protegerse.
11. El equilibrio es aquel estado de cosas que le permite a cada grupo una satisfacción vital suficiente como para frenar su ímpetu egoísta y centrífugo y evitar que busque aliados exteriores. Se rompió durante el trauma de los bucaneros con la deserción del indígena y los cimarrones; luego, con el centralismo colombiano y la alianza del arrabal con éste; en 1903 cuando el blanco capitalino buscó el apoyo norteamericano; en 1926 con la República de Tule, y, últimamente ha amenazado romperse de nuevo con brotes de izquierdismo internacionalista surgidos de la antigua Santa Ana.
12. El cuerpo social integrado por los grupos en tensión, sufre a menudo traumas provenientes del exterior que obligan a la nacionalidad a efectuar un reajuste del equilibrio pre-establecido a fin de presentar una resistencia adecuada al impacto recibido.

13. Los traumas son de superimposición o de oscilación. Los primeros tienden a producir el desequilibrio de zonas; los segundos, cambios violentos de asiento de la nacionalidad, con desplazamiento de zonas y grupos y reducción de la geografía efectiva del país o ecúmene.
14. Panamá, una nación a la interperie, sobrevive gracias a la ágil flexibilidad para combinaciones de sus grupos humanos, empeñados en mantener el dominio de la nacionalidad sobre un área geográfica débil geopolíticamente, pero codiciada con gran intensidad desde el exterior.
15. Este ecúmene de la nacionalidad cuenta con una zona de enorme valor, la de tránsito, que es cabalmente la más expuesta y con otra, el interior, que sirve de punto de apoyo, de fuente de recursos alimenticios y demográficos para la constante brega, y de refugio recuperador en las derrotas.
16. La dificultad de la defensa de la Zona de Tránsito se ve acrecentada por el hecho de servir de "habitat" a dos grupos en pugna casi constante.
17. Los grupos que han habitado y habitan la zona del interior actúan, además de los explicados, como elemento morigerador y de equilibrio.
18. El blanco capitalino, demuestra ser el grupo clave debido a su especialización en política exterior, que ha sido la determinante de nuestra historia.
19. La nacionalidad panameña tiene una organización única que la faculta para jugar un papel histórico transcendental, el de custodio de la Hispanoamericanidad en la garganta vital de la América Latina.



**ENSAYO SOBRE LAS DOS
PRIMERAS ERAS LIBERALES
DE LA REPUBLICA**

ENSAYO SOBRE LAS DOS PRIMERAS ERAS LIBERALES DE LA REPUBLICA

Ha querido la Dirección del Partido que sea yo, hijo de Belisario Porras, que fuera adversario político de Rodolfo Chiari en encarnizadas luchas del pasado, el que traiga la representación en acto simbólico de que han terminado las luchas intestinales que resquebrajaron la tradición liberal en las últimas tres décadas, y que después de incontables esfuerzos y de la prueba de fuego del 9 de enero, pueblo y mandatarios panameños, bajo el pendón Liberal, se encuentran prestos a avanzar unidos, como lo estuvieron a fines del siglo pasado en la guerra de los mil días.

Este cúmulo de circunstancias abruman mi sentido de responsabilidad como liberal militante y de tradición y como estudioso de nuestra historia; y no obstante, aún dentro de mis modestas capacidades, me atrevo a cumplir con la honrosa tarea encomendada, convencido de la necesidad que tenemos de proceder con franqueza pero con patriotismo al reavalúo de nuestras instituciones políticas.

Que nuestro pueblo quiere la verdad objetiva y completa ubicada lógicamente dentro de las dimensiones de espacio y tiempo que corresponden a los hechos analizados;

Que la historia panameña, en contra de lo que han postulado algunos, es noble, y profundamente significativa;

Y ella revela que, aún cuando doblegándonos a veces hemos avanzado y tenazmente sufriendo agresiones, pero experimentando también, victorias increíbles, en la defensa de lo nuestro;

Y que los Caudillos liberales del difícil pero glorioso pasado panameño se vinculan entre sí orgánica y constructivamente a pesar de las pugnas que hubieran podido surgir entre ellos constituyendo así la única tradición política que poseemos, que encarna la vocación soberana de nuestro pueblo.

Puede extrañar a algunos, ante la proliferación en nuestro medio de agrupaciones políticas, personalistas e improvisadas, que hablemos los liberales de épocas, de décadas y de siglos. Pero es que el Liberalismo, columna vertebral, nervio y músculo de la Patria panameña, es tan duradero como la tierra que hemos sabido defender y sobre la que hemos edificado nuestras democráticas instituciones.

En esta laboriosa tarea de hacer progreso con historia, en un país sometido a los más violentos traumas políticos, económicos, y hasta militares provenientes del exterior, las sucesivas administraciones literales, han sabido asentar pacientemente las bases de las siguientes, utilizando, los esfuerzos y logros pasados, a manera de los estratos geológicos que se acumulan, uno sobre otro, para hacer montañas, cordilleras y Tierra

Firme. En consecuencia, debemos esforzarnos por comprender a un hombre público como Rodolfo Chiari a manera de un elemento activo en un devenir histórico, con éxito y fracasos y no como una unidad aislada con errores y aciertos personales.

Dentro de este propósito la comprensión de la personalidad y obra de Rodolfo Chiari requieren la explicación de los antecedentes inmediatos de su gestión pública que fueron los del período de hegemonía política de Belisario Porras. Estos antecedentes le sirvieron de base, y punto de partida. De ellos se sirvió con acierto y, además, supo complementarlos y reajustarlos a situaciones cambiantes cuando le tocó llevar sobre sus hombros la toja del mando supremo de la República.

En 1912, la problemática nacional requería construir un Estado que utilizara la enorme riqueza derramada en la construcción del Canal, en satisfacer necesidades populares mínimas, en las zonas urbanas de atropellada formación, y el incremento de la seguridad, el ingreso personal y los recursos en los sectores rurales.

La gestión administrativa de Porras y del porrismo a partir de este año y durante los doce subsiguientes, edificó sustancialmente el Estado en cuestión. Para este fin, contó este Caudillo con la enorme fuerza política del Ejército Liberal que luchara a sus órdenes en la guerra civil de fin de siglo. Su infantería y oficialidad, ahora vestidos de civil, constituyeron fundamentalmente el electorado y los cuadros dirigentes del Liberalismo popular bajo el mismo jefe de antaño.

Con la mística de las victorias y los sacrificios, de los héroes caídos y los héroes vivientes, acometió el Liberalismo popular del año 12, la solución de los problemas de entonces, que requirió el desmantelamiento de la estructura socio-económica oligárquica que servía de base al Estado fundado por los próceres, estructura que tendrá siempre, sin embargo, el mérito de haber sido la única que fué capaz de resolver nuestro secular problema de independencia.

Esta radical reforma que derribó la prepotencia de la oligarquía de entonces y que bien podría llamarse la Revolución Liberal Popular de 1912, se logró con el empuje de avasalladoras fuerzas multitudinarias cuya mística y organización de origen militar, permitieron su movilización electoral con escasos recursos económicos. El objetivo inmediato del movimiento fue la desvinculación del poder político del poder económico privado y el método seguido constó de cinco puntos principales:

- 1o. Eliminación del poderío monetario de ciertas familias pudientes a través de diversos contratos y concesiones, tales como el de la Lotería, la recaudación de la Renta de Licores, de Rentas Internas y del Servicio de Correos y Telégrafos, servicios públicos e ingresos que fueron rescatados para el Estado.

- 2o. Destrucción del monopolio del transporte entre las áreas rurales y la Zona de Tránsito, que se derivaba del control de la navegación

del cabotaje, mediante la construcción de carreteras y ferrocarriles nacionales.

3o. Destrucción del cuasi monopolio de bienes raíces en la capital, con la expansión física de su área urbana promovida y efectuada por el Estado mediante la recuperación de territorios de la Zona del Canal y la urbanización de las marismas del Hatillo, que se convirtieron en el barrio de la Exposición y la urbanización de San Francisco de la Caleta.

4o. Eliminación del sistema de control con que la oligarquía dominaba apreciables bloques del voto rural, a través de la concesión de tierras y el reajuste de linderos de propiedades rurales, mediante la creación del Registro de la Propiedad.

5o. Interrupción de la formación excesiva de cuadros dirigentes afines al grupo gobernante con la sustitución del sistema de educación impartida por religiosos en las escuelas públicas por un sistema de educación laica de corte decisivamente liberal.

Mientras se modificaba radicalmente la estructura del poder en Panamá, creó el Liberalismo de Porras lo que hoy se denominaría una amplia infraestructura económica, y acrecentó el ingreso popular, y los servicios sociales del Estado y especialmente en salud pública y educación popular. Para la ejecución de su programa de desarrollo contaron sus tres Administraciones con la ayuda técnica de numerosos expertos europeos y norteamericanos en altas posiciones burocráticas, desde la Jefatura de la Policía Nacional y la Administración de Hospitales, hasta la Agencia Fical, que en ese entonces realizó todas las funciones de una Contraloría General de la República.

La polarización del Liberalismo de este período hacia este desarrollo infra-estructural y redistribución del ingreso ocasionó, sin embargo, el descuido del desarrollo superestructural del país por sectores capitalistas nacionales. Con el resultado de que, buena parte de las oportunidades de producción creadas por la inversión pública, quedarán sin utilizar o fueran aprovechadas por la inversión extranjera privada, fenómenos que pronto hubo de generar una reacción contraria.

Sin embargo, la unanimidad con que la ciudadanía acogió la tercera candidatura de Porras en 1920, atestiguó inconfundiblemente el éxito y la aprobación general de su gestión política. Con todo, la reacción aludida apareció primero en forma sentimental: nostalgia por el Panamá que fuera y un anhelo por el "Panamá profundo" que postularan Guillermo Andreve y otros intelectuales, síntomas éstos de una importante transformación de nuestra psicología social. Luego, el sentimiento fue de creciente alternación o enajenamiento del panameño de su propia tierra; inconformidad con la falta de privacidad cultural; convicción de que la penetración extranjera en nuestro territorio, costumbres y vida económica nos robaba no sólo de beneficios materiales fundamentales sino lo que es más, hasta de nuestra cultura y nuestra personalidad históricas.

El Liberalismo de Porras, formado en el humanismo universalista de limitado optimismo del siglo XIX, siguió creyendo en el progreso constante a través de la ciencia y la evolución de las costumbres. Para este movimiento liberal las nostalgias del pasado y los anhelos de privacidad parecían romanticismos parroquiales, dignos sólo del folklore pero fundamentalmente reaccionarios, si se trasladaran al ámbito estatal. Las reivindicaciones nacionalistas en su aspecto jurídico y macroeconómico, tenían sin embargo su plena aceptación, y no cesó el gobierno en esfuerzos que, al terminar el período en 1924 se vieron coronados por el compromiso formal de parte de Estados Unidos de negociar un nuevo Tratado del Canal.

El Liberalismo de Rodolfo Chiari, que iniciara su hegemonía ese mismo año y la prolongara hasta 1931, demostró poseer no sólo una extraordinaria perceptibilidad de las modificaciones socio-económicas que la terminación del Canal y la guerra habían producido en Panamá, sino también, de los cambios de psicología social señalados; de las profundas transformaciones que el pensamiento liberal había sufrido por la conmoción de la primera guerra europea; y finalmente, gran capacidad para completar, complementar y reajustar algunos postulados del Liberalismo de Porras, y de la organización del Partido a la luz de las transformaciones que se habían operado en el campo mundial y en el campo nacional.

No obstante, algunos de los planteamientos del nuevo dirigente y del movimiento que luego se denominó Liberalismo Chiarista, se consideraron como antitéticos al Liberalismo Porrista y dieron motivo a una intensa pugna entre los dos Caudillos.

Ya con la perspectiva del tiempo y con el conocimiento de fenómenos análogos que se operaron en el resto del mundo, se puede afirmar sin temor a equivocación que no hubo, a largo plazo, tal antítesis. Por el contrario, las modificaciones que en la política de Panamá llevara a cabo el insigne dirigente que hoy honramos, fueron en efecto, la complementación necesaria de la obra del viejo Porras unas de ellas y otras una realista modernización de la doctrina y práctica liberales ante un mundo en vertiginosa evolución.

Por ejemplo, en materia de desarrollo económico, Rodolfo Chiari completó las obras infra-estructurales de las Administraciones de Porras. Pero con una actitud que entonces fue muy criticada, y hoy en día se estimaría de gran acierto según las modernas teorías del desarrollo, dedicó buena parte de sus esfuerzos a fomentar con capitalistas nacionales la formación de una superestructura económica que aprovechara las economías externas y las nuevas fuentes de riqueza abiertas por la inversión pública de su predecesor. Es así como se dió comienzo, según el nivel técnico de entonces a una política de proteccionismo de algunos de nuestros renglones de producción, y se buscó movilizar capital privado para desarrollo urbano y de la industria de construcción, median-

te una política que hoy se denominaría de alicientes y estímulos al sector privado, pero que en aquel entonces fue injustamente calificada de canongía y de prebendas personales.

Mal entendida y explicada entonces esa política fue en gran parte responsable del movimiento inquilinario que irrumpió como problema social con extraordinaria violencia y bajo la dirección de anarquistas profesionales exilados de España a quienes Panamá había brindado hospitalidad. Debelado el movimiento, demostró la administración Chiari no ser sorda al problema social, al hacer aprobar la primera Ley inquilinaria de nuestra historia y la creación de la Junta Oficial que velara por la equidad en los contratos.

La sensibilidad social del Liberalismo chiarista quedó demostrada, además, en la administración siguiente, también integrada por este Partido, bajo la Presidencia de Florencio Harmodio Arosemena, con el establecimiento del Fondo Obrero, organismo precursor de nuestra Caja de Seguro Social y una de las primeras instituciones de este tipo en nuestro Continente. El Liberalismo chiarista se convirtió así en pionero de la legislación social americana logro éste que la mezquindad de nuestro medio no ha reconocido como se merece.

En materia de organización del Liberalismo como partido, hubo de enfrentarse Rodolfo Chiari a la formación de nuevos cuadros por envejecimiento de los antiguos y a los problemas crecientes de financiamiento de Partido necesario por el crecimiento de la población y los mayores costos de su movilización y propaganda. Antes que depender sólo de aportaciones elevadas de capitalistas individuales, que habrían comprometido la administración de la complacencia de sus intereses, rompiendo la tradicional doctrina Liberal de separar el poder político del poder económico privado, se implantó un sistema de financiamiento a través de aportaciones hechas por los copartidarios que con el triunfo electoral habían logrado cargos públicos. Esta medida que es hoy en día corriente inclusive entre partidos de izquierda supuestamente vanguardista fue en aquel entonces acremente criticada. Y hoy, el problema financiero de los partidos queda aún por resolver, repercutiendo negativamente sobre la administración pública.

En materia de política internacional también trató Rodolfo Chiari de completar el esfuerzo de la anterior administración Liberal. Con base en el acuerdo logrado por Porras en 1924 de que se renegociaría un Tratado con Estados Unidos, movilizó Rodolfo Chiari los principales cerebros del país. Pero sus esfuerzos tropezaron con la mayor rigidez norteamericana, estando entonces en pleno apogeo la política de la diplomacia del dólar. El Tratado resultante fue rechazado por nuestra opinión pública, a pesar de lo cual la prepotencia estadounidense obligó a la administración, aún sin el nuevo Convenio, a doblegarse ante su fuerza accediendo a diversas reclamaciones económicas onerosas para el

país, que hubieron de satisfacerse sin que a cambio de ellas se obtuvieran las pocas ventajas que tan penosamente habían logrado los negociadores para Panamá.

En nuestra política encontramos con frecuencia satisfacción en tildar de "errores" o "falta de patriotismo" el doblegamiento de algunos de nuestros mandatarios ante la agresión o las presiones de aplastantes fuerzas económicas y militares. Fuerzas usadas además con desparpajo decenas de veces en el área del Caribe y el resto de América Latina, contra países mucho más grandes e integrados que el nuestro. Ya es tiempo de que en el análisis de nuestra historia nos percatemos de las realidades mundiales que rebasan nuestras concepciones provinciales. El esfuerzo de la administración de Rodolfo Chiari por completar la labor de Porras en el campo internacional, fue patriótica y valerosa y su falta de éxito no se debió a razones internas sino a condiciones mundiales de poder sobre las que la historia demuestra que no tenemos control alguno. Y desgraciadamente debemos aceptar, también, que la mayoría de nuestros moderados éxitos posteriores en estas lides, obedecen menos a nuestro tesón y patriotismo, que ha sido ininterrumpido, que a movimientos y reajustes en las grandes estructuras del poder norteamericano y mundial, que a veces sin proponérselo, nos han resultado favorables.

En cuanto se refiere a la intervención extranjera en nuestra mecánica electoral, Belisario Porras anunció en su discurso de toma de posesión de la Presidencia en 1912, que la única manera práctica de terminar con estas lesiones a la dignidad Patria, era aprovechándolas para fortalecer las instituciones nacionales, hasta el punto de que llegaran a caducar de hecho. Fue así como las frecuentes intervenciones norteamericanas en el recuento de votos, contribuyeron dolorosamente a formarnos en la disciplina democrática corrigiendo nuestra tradicional inestabilidad gubernativa.

Por otra parte, los técnicos y administradores estadounidenses y europeos en la Educación, Política, Sanidad, etc., fortalecieron e incrementaron la productividad de la gestión pública y jugaron papel importante en la hoy legendaria probidad y eficiencia de las Administraciones del período.

La oposición de Rodolfo Chiari a estas ingerencias extranjeras, puesta en práctica poco tiempo después de su ascenso al Poder, no constituyó una contradicción de su antecesor. Chiari, como político representativo, se hizo eco de la mayor sensibilidad nacional, que el perfeccionamiento de nuestras instituciones sociales había hecho posible gracias a la política precedente. Su administración procedió entonces a nacionalizar totalmente la alta burocracia para la que ya había personal técnico formado en la dramática ampliación de la escolaridad lograda por Belisario Porras y bajo la enseñanza de los técnicos extranjeros empleados por el gobierno en cargos directivos. Así mismo, se empeñó Ro-

dolfo Chiari en patriótico esfuerzo por ir terminando con las intervenciones electorales norteamericanas seguro, tal vez prematuramente, de nuestra madurez política, pero acertado, en todo caso, en cuanto a que el sentimiento panameño prefería ahora el máximo respeto a la soberanía nacional, aún a costa de defectos en nuestra mecánica eleccionaria.

La decisión de Rodolfo Chiari coincidente con cambios en la política de Estados Unidos demostró, a la luz del desarrollo del nacionalismo en el resto del mundo en las décadas posteriores, haber sido oportuna.

Todavía en materia de afianzamiento de la conciencia nacional y en términos mucho más dramáticos, supo el segundo Caudillo Liberal del presente siglo hacerle frente con decisión y valentía, al más grande peligro de desmembramiento y posible destrucción de la nacionalidad que haya tenido que enfrentar mandatario panameño alguno: el establecimiento en nuestro Istmo de un estado anti-hispanoamericano, la República de Tule, en febrero de 1925, por personeros de nuestro secular enemigo el protestantismo anglo-sajón que, a pesar de haber saqueado e incendiado nuestras ciudades y masacrado a nuestra población durante la colonia, no había logrado jamás fincar en nuestro medio un Bélize, una Mosquitia o una Guayana.

Rodolfo Chiari se convirtió así al igual que había de hacerlo su hijo 40 años después en el histórico indiscutible de la integridad territorial y la soberanía de la Patria panameña.

Prueba de todo lo expuesto que la gloriosa tradición liberal, a través de sus Caudillos y de sus diversos movimientos, no ha cesado jamás de hacer Patria, ya sea en las décadas de sectarismo analítico, o en las de síntesis unificante que forma ya parte inseparable de nuestra cultura nacional.

